

2.1978

REVISTA TEOLOGICA

CONTENIDO DE ESTE NUMERO:

El 400 Aniversario de la Fórmula de la Concordia	1
El Catecismo 74	9
Hacia una posición unificada frente a los juegos de azar	21
400 años - Fórmula de la Concordia	27
Bosquejos para Sermones	34

don gratuito que Dios ofrece y otorga a todos los creyentes en Cristo. Tal distinción no nos destierra a una vida cristiana puramente espiritualizada. Renovados e impulsados por la gracia de Dios en Jesucristo, somos capacitados para buscar la justicia social y, en determinados casos, para luchar por ella.

Si aprendemos a despojar la Fórmula de la Concordia de su ropaje alemán del siglo 16, veremos que todavía se dirige a los problemas y las preocupaciones del último cuarto del siglo 20, también dentro de nuestro contexto latinoamericano. Y veremos que esta Fórmula, lejos de separarnos de otros cristianos, puede tenderse como el puente de comprensión y de "concordia" entre los evangélicos luteranos y cristianos de otras comunidades eclesiales. El logro de un mínimo de tal comprensión y concordia auténtica entre los cristianos sería el modo más apropiado de conmemorar este cuarto centenario de la Fórmula de la Concordia.

México, D.F.
junio de 1977

Roberto T. Hoeferkamp

¿Sabía Ud. que la comisión antes mencionada recomendó además que el nuevo himnario preparado por las tres grandes iglesias luteranas de Norteamérica, llamado "Lutheran Book of Worship", todavía no sea aceptado en la convención de Dallas, sino que antes debiera darse amplia oportunidad de evaluar este himnario en todos los niveles del sínodo antes de ser aceptado oficialmente por una convención? La comisión destaca que un asunto de tal magnitud como lo es la aceptación de un nuevo himnario debiera estudiarse a fondo, incluso todos los problemas serios inherentes, antes de ser aprobado por una convención del sínodo.

F. L.

El Catecismo 74

**En el campo de tensión de las generaciones
El Cuarto Mandamiento**

"Honra a tu padre y a tu madre,
para que tus días se alarguen en la tierra
que Jehová tu Dios te da."

La Biblia

Mientras haya padres e hijos en el mundo, habrá también tensiones entre jóvenes y adultos. Sea que leamos en las obras de Platón o en la Sagrada Escritura, en los escritos de Lutero o en la literatura de los siglos XIX y XX ninguna época está libre de tensiones entre jóvenes y adultos, entre padres e hijos. Parece que estas tensiones hasta son necesarias para la vida del hombre y son parte integrante de su proceso de formación. Si reflexionamos en el Cuarto Mandamiento, nos hallamos en medio del campo de tensión de las generaciones.

Autoridad auténtica y falsa

Parece que la convivencia de los padres con sus hijos se ha disuelto irremediamente. Esto tanto más cuando está determinada por una falsa autoridad que se presenta con la exigencia de ser respetada. El niño pronto se da cuenta de si los padres tienen una autoridad real o si la imponen con astucia o a la fuerza. Aquel cuya superioridad radica en el simple hecho de que el niño depende de los padres, sea económicamente o de otra forma, perderá esa autoridad aparente ni bien el niño haya llegado a ser independiente. La autoridad de los padres está determinada por el amor. Pero el amor deja a la vida del niño cierta libertad, como también le pone límites. El secreto de toda pedagogía es aflojar las riendas y ajustarlas en el momento justo. Aquel que posee este don, tendrá automáticamente la autoridad.

Un pequeño episodio de la vida de Don Helder Camara puede servir como ejemplo ilustrativo: "Mi primera escuela

fue la escuela primaria pública donde mi madre era maestra. Ella era bastante severa conmigo: "Tienes que dar un ejemplo", me decía. Se exigía mucho de mí. Un día me había requerido más de lo que mis fuerzas podían rendir. Entonces eché a llorar. Esta vez me llevó desde la clase a nuestra vivienda. Pensé que me aplicaría golpes — por primera vez; pues ni mi padre ni mi madre me habían pegado jamás. Cuando estábamos a solas, ella me dijo: 'Perdóname, hijo mío. He exigido demasiado'. Así mi madre me pidió perdón porque había reconocido que algo había hecho mal. Esto es muy importante: admitir que se ha procedido en forma equivocada. ¿No es cierto?"

Por lo tanto hay que rechazar ambas cosas: una autoridad que insiste inexorablemente en el presunto derecho que le confiere su oficio y su posición, y la proclamación de una educación deliberadamente anti-autoritaria. Ambas tienen que terminar en una catástrofe. Ambas son, al final de cuentas, una expresión de una gran debilidad y de una pronunciada imposibilidad de dominar un difícil problema en la convivencia de los hombres, es decir de la formación lógica de una vida en común entre padres e hijos.

¿La juventud ha ganado la batalla?

Actualmente existe la impresión de que la lucha contra todas las autoridades ha sido ganada por la juventud. En medida amplia los padres se han rendido, porque "ya no pueden" con los hijos. Están bastante perplejos frente a ellos. Los profesores se refugian en un arreglo amistoso de compañeros con sus alumnos esperando poder salvar de esta manera lo que todavía puede ser salvado. Los profesores universitarios han admitido, aunque sólo en parte, pero de hecho, que su posición que antes era tan fuerte, ya no existe. Junto con ellos, los asistentes, los estudiantes y el personal de administración determinan lo que en su campo específico ha de ocurrir. También los pastores y otros colaboradores laicos se ven enfrentados con una situación completamente nueva. Por eso tratan de conservar su autoridad haciendo concesiones de diversa índole a los jóvenes. No exigen mucho de ellos. Se sienten satisfechos cuando con

respecto a la disciplina todo va más o menos bien. Pero tampoco esto prospera siempre. En este aspecto como en el caso de muchas otras "autoridades" se ha establecido una situación completamente nueva.

Las autoridades tambalean y declinan en forma visible. Si se trataba de autoridades falsas, no hay motivo para derramar lágrimas. Pero si se tira por la borda también a autoridades esencialmente necesarias, los efectos para la sociedad tendrán que ser desastrosos.

En esta situación tenemos el ineludible deber de dirigir de nuevo a padres e hijos y a todos los ciudadanos hacia el Cuarto Mandamiento. Se sabe que Lutero en su interpretación incluye también a los 'superiores'. También los responsables del gobierno por propia culpa pueden hacerse víctimas de una perversión de su autoridad. Hay suficientes ejemplos para esto. Pero sin autoridad genuina, los gobernantes se convierten en una caricatura al igual que los padres débiles. Probablemente sea éste el motivo por qué existe una renovada demanda de personalidades fuertes. El silencio desesperado, señal elocuente del fracaso de una amplia porción de nuestra población, no entrará como foja de gloria en la historia. Allá tampoco ayudará mucho la proclamación del Cuarto Mandamiento, si no se vuelve a tomarlo en serio. Toda autoridad humana tiene su origen en la autoridad de Dios. El Cuarto Mandamiento, como todos los demás mandamientos, no puede ser oído sin aquel mandamiento supremo: "Yo soy el Señor, tu Dios. No tendrás otros dioses fuera de mí."

El Cuarto Mandamiento — la cadena de oro

Lutero dice en su Catecismo Mayor: "Entre todos los estados que a Dios están subordinados, ha recibido especial galardón el estado de padre y madre." Los padres son portadores de la creación divina. Ellos nos dieron la vida. Ya por eso tienen un derecho a ser honrados. Aquel que honra a los padres, al mismo tiempo honra a Dios. "El Cuarto Mandamiento" —dice Lutero— "es la cadena de oro que padre y madre llevan en el cuello, más aún, la corona sobre su ca-

beza que nos demuestra cómo y por qué esta carne y sangre debe ser honrada."

Esto no puede decirse así nomás. Hoy día se habla y se escribe mucho de la relación entre padres e hijos. La abundancia de la literatura respectiva ya casi no puede registrarse. Ya desde la perspectiva psicológica y sociológica se ofrecen muchos conocimientos auxiliares. Aquel que opina poder pasarlos por alto se daña a sí mismo más que a otros — y también a sus hijos. Al reconocerlo con gratitud debe destacarse igualmente que la relación entre padres e hijos no puede describirse solamente desde el punto de vista del hombre. En el Decálogo Dios mismo hace oír su voz, que de ninguna manera debe desestimarse. A base de esto, nuestras relaciones de vida obtienen una dimensión adicional, como también con los mandamientos restantes.

Un hombre cuya vida es determinada no sólo por principios humanos se sabe responsable ante Dios con todo lo que hace. Esta obligación no es para él un hobby religioso. Antes bien, es el fundamento de su vida. Desde este punto de vista los mandamientos siempre son de actualidad. ¿Por qué hoy día ya no se habría de honrar a los padres? Aun cuando los hombres ya no lo consideren necesario, Dios en todo caso lo requiere, también hoy. También con las cambiadas estructuras de vida realmente es posible que los hijos honren a sus padres.

¿Qué significa honrar a los padres? Lutero lo describe de esta manera: "... Porque honrar una cosa es mucho más que amarla, toda vez que el honrar incluye no solamente el amor, sino también una disciplina, la humildad y el temor, como hacia una majestad que se oculta en ellos. Honrar no exige solamente que se les hable de una manera amistosa y con respeto, sino que principalmente se adopte una actitud de conjunto tanto del corazón como del cuerpo, mostrando que se les estima mucho y considerándolos como la más alta autoridad después de Dios."¹)

La sociedad sin padres

Todo esto está formulado muy bien y muy correctamente. Pero — así debemos preguntarnos— ¿somos como padres realmente dignos de tantos honores? Ya el tema que Alejandro Mitscherlich eligió para uno de sus libros suscita toda la problemática y debe intranquilizarnos:²) Si él tiene razón, los verdaderos padres se extinguen más y más. Los hijos viven al lado de ellos — o sin ellos. El padre — y frecuentemente también la madre — gastan la mayor parte de su vida sin los hijos. Pero entonces — opina Mitscherlich — el padre muchas veces se presenta como fantasma de horror en el mundo del niño.

El padre determina lo que debe hacerse y lo que no se permite. El niño ve en esta severidad del padre quizás sólo una reacción de éste ante los deseos agresivos que el niño expresa ante él. Pero particularmente el padre que ama a sus hijos, siempre de nuevo debe ser estricto frente a ellos. No porque tenga que demostrar su autoridad, sino porque el niño debe medir sus fuerzas en la oposición a los padres. "Muchas fuerzas del hombre en edad de desarrollo se despiertan sólo por la resistencia y el encono. Libertad personal no significa ser libre de responsabilidad y obligaciones. Por otra parte, la constante indulgencia de los padres, ya sea por comodidad o debilidad, no prepara al niño para la realidad de la vida. La vida siempre de nuevo exige del hombre una renuncia (resignación). Aquel que quiera aprovechar la vida con libertinaje y sin restricciones quedará desilusionado amargamente."³

El Cuarto Mandamiento puede crear las condiciones para un mundo hogareño sano. Un niño que puede desarrollarse en tal mundo — para esto hay, gracias a Dios, muchos ejemplos —, vive en el amparo y está mucho mejor preparado para imponerse en la vida que el niño sin hogar — sin hogar, a pesar de tener padre y madre. A base de esto tal vez comprenderemos mejor, por qué este mandamiento tiene una promesa tan singular: "Para que seas de larga vida". Esto significa no sólo una prolongada existencia física, sino "salud y fortaleza y una familia que pueda vivir en paz" (Lutero).

"Debes honrar a tus hijos"

Mitscherlich y otros psicólogos piensan que debiera haber un mandamiento complementario: "Debes honrar a tus hijos". El honrar a nuestros hijos implica que nos abstengamos en lo posible de hacer de ellos algo extraordinario. Muchas veces pensamos que nuestros hijos debieran llegar a ser lo que nosotros no pudimos realizar. Honramos la personalidad de nuestros hijos por la misma medida de libertad y sujeción que les concedemos frente a las instituciones establecidas por Dios. Pero ante todo honramos a nuestros hijos si mantenemos frente a ellos una posición firme. No hay nada peor que padres que están fluctuando de un lado a otro, que con respecto a la misma cosa tienen hoy una opinión y mañana otra. Especialmente en lo que concierne a la fe y los problemas de la formación política y económica de la vida, los padres debieran saber lo que quieren. Esto produce rozamientos para los hijos, pero a la postre éstos quedarán agradecidos a sus padres por haber tenido una posición definida.

La exigencia "Honra a tu padre y a tu madre" rige también para el caso de que el honrarlos nos cueste. Si Lutero dice en la interpretación del Cuarto Mandamiento: "Debemos temer a Dios de modo que no despreciemos ni irritemos a nuestros padres y superiores, sino que les honremos, sirvamos y obedezcamos, amándoles y estimándoles en gran manera" — da a entender con ello que este mandamiento vale hasta el último límite de la vida. Nuestros padres necesitan nuestro servicio especialmente cuando han llegado a ser viejos, débiles o pobres. Para la obediencia hay un solo límite: si quieren inducirnos a actuar contra la voluntad de Dios. Padres que no quieren conceder la libertad a sus hijos ni aun cuando éstos tienen el pleno derecho de la independencia, tales padres egoístas atentan contra la voluntad divina, y esto tanto más si invocan la interpretación del Cuarto Mandamiento.

Las estructuras de la vida humana podrán tener el aspecto que quieran —autoritarias o antiautoritarias— el Cuarto Mandamiento siempre conserva su validez en el campo

de tensión de las generaciones. Tanto más cuando menos se lo quiere observar. Dado que los hombres transpasamos cada mandamiento, nuestra alegría y nuestro consuelo es que al lado de la ley exista el evangelio. Y donde está el evangelio, hay perdón. La vida entre padres e hijos, jóvenes y adultos, nunca puede ser tan distorsionada o perversa que no pueda ser sanada nuevamente por Jesucristo.

En la última página del Antiguo Testamento, es decir en los umbrales del Antiguo Testamento al Nuevo, hay una afirmación en el libro del profeta Malaquías que queremos hacer nuestra: "El profeta... hará volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres" (Mal. 4:6). Este acercamiento, sin embargo, sólo puede ocurrir por el poder del Espíritu Santo, pero no faltará a nadie que invoque a Dios.

Se mata más gente que antes

EL QUINTO MANDAMIENTO

"No matarás"

(La Biblia)

¿Habrá quien quiera afirmar en serio, que el quinto mandamiento se hizo superfluo? Es cierto que en muchas partes del mundo actualmente no hay guerra, gracias a Dios. Pero ¿podemos proclamar hoy el quinto mandamiento sin recordar las inmensas destrucciones de una guerra? Lutero todavía pensaba, en su tiempo, que la decisión sobre guerra y paz estaba únicamente en las manos de las autoridades.

Matar en la guerra y en los tiempos "normales"

Sabemos qué obra de destrucción realiza hoy la guerra. Por eso debemos rogar a Dios que tal desgracia nunca más nos sobrevenga. Desde este punto de vista ya no podemos separar el 5º mandamiento, tal como todavía podía hacerlo Lutero, de lo que hoy día llamamos guerra. También para la guerra vale: "¡No matarás!". Aquí solamente la conciencia puede comprometernos a negar el servicio militar. En forma

aterradora el matar es algo común entre los hombres. Cada día los diarios nos traen ejemplos terribles. Aquel que en estos días o semanas ponga su atención especialmente en lo que pasa entre nosotros en cuestión de asesinatos y homicidios, podrá confeccionar una lista larga, una lista de terrores.

Por una parte tenemos la violencia en la calle, en las discusiones políticas que originan numerosas víctimas. Hombres y mujeres y jóvenes mueren alcanzados por balas o bombas. Granadas de mano y de Molotow se arrojan en las casas o los comercios sin tomar en cuenta que de esta manera se destruyen vidas humanas. Muchas otras vidas se exterminan a causa de asaltos comunes. Más y más se impone la impresión de que la vida de un hombre vale poco o nada.

Los asesinos entre nosotros

Ya los niños se hacen asesinos. Dentro de poco nos habremos acostumbrado a tales noticias. Ya lo recibimos como algo irrevocable. Estamos embotados y ni siquiera somos capaces de dar un grito de terror. Ciertamente las numerosas películas tienen buena parte de la culpa en esto, películas que describen el homicidio como la caza de animales. Los niños no pueden distinguir entre lo que es ficticio y lo que es real. Por qué extrañarnos entonces de que después del hecho consumado, tales jóvenes declaren haber aprendido en la televisión cómo debía hacerse tal cosa? De hecho, nos vemos confrontados a diario con homicidios como si se tratase de algo completamente común. Y no nos queda más que una sonrisa desconcertada si en medio de esta situación se proclama el Quinto Mandamiento: "No matarás". ¿Quién lo toma en serio todavía?

No obstante es algo muy serio. En el año 1972 murieron en Alemania Occidental más de 19.000 personas como víctimas del tráfico, y por la misma causa sufrieron heridas graves centenares de miles de personas. Una velocidad exagerada y un consumo desmesurado de alcohol fueron las causas principales de este triste balance. Cada cual debiera co-

locar en su coche en lugar de una mascota el Quinto Mandamiento: "¡No matarás! ¡Ni a ti mismo, ni a otros!"

¡No matarás a ti mismo!

En Berlín se suicidan diariamente dos a tres personas. En toda Alemania Occidental la cifra de suicidas llega a 10.000 por año. 60.000 hicieron una tentativa de suicidio, pero pudieron ser salvados a último momento. Detrás de estas cifras hay tanta miseria humana, tanta enfermedad incurable, tanta angustia frente al futuro, frente a la soledad, depresiones psíquicas, tormentos provocados por crueldad de otros, sufrimientos por el aparente vacío de la vida. Allí no basta proclamar el mandamiento: ¡No matarás a ti mismo! Esto sería lo mismo que si se dijera al alcohólico: ¡No debes beber! Esto no tiene ningún efecto. Aquí debemos oír bien lo que dice Lutero en su interpretación del quinto mandamiento: "Debemos temer y amar a Dios de modo que no hagamos daño a nuestro prójimo ni amarguemos su vida, sino que le ayudemos y protejamos en todo peligro y necesidad."

Se ha introducido el cuidado pastoral por medio del teléfono, una ayuda a la cual recurren con frecuencia los hombres que se hallan en angustia interior o exterior. También en otros lugares de nuestras ciudades constantemente hay hombres dispuestos a ayudar a otros en sus calamidades. Los consultorios del psiquiatra son muy frecuentados, los del pastor por lo general están vacíos. ¿Cómo se explica esto? En la iglesia no sólo debieran encontrarse las más modernas "estructuras" y reformas, sino pastores que se dirijan a los hombres que en su desesperación ya no saben cómo enfrentarse con la vida. Enfermedades psíquicas son las enfermedades más frecuentes de la sociedad moderna.

El aborto

Sigue siendo impresionante el número de los que matan la vida en el seno de la madre transgrediendo así el Quinto Mandamiento. Ante esta realidad nos ayuda no solamente el Quinto Mandamiento sino también muchos médicos que se

oponen con toda energía a servir como "verdugos", como alguien lo llamó. Se resisten a hacer tales intervenciones quirúrgicas a menos que lo exijan urgentes motivos médicos. También las consecuencias físicas y psíquicas para la mujer son mucho más serias de lo que quieren admitir los defensores fanáticos del aborto...

La vida humana comienza con el momento de engendrar, con la unión del espermatozoide del hombre con la célula del ovario femenino, y la destrucción de esta vida significa matar! Repito: No debiéramos buscar un punto en el período del embarazo antes del cual aún no se pueda hablar de "vida humana", para afirmar entonces que hasta ese punto, la interrupción del embarazo no debiera identificarse con "destrucción de la vida". Debemos admitir que en cada interrupción del embarazo, cualquiera sea el momento en que ello ocurra y el motivo que se invoque, siempre se trata de la destrucción de vida humana.

Procedentes de países donde ya hace tiempo se permitió la interrupción del embarazo, nos llegan informes de experiencias que de ninguna manera son tan favorables como lo supone a menudo el laico. La clínica de la universidad de Debreczen (Hungria) informa sobre 513 análisis posteriores de mujeres a las cuales se practicó una interrupción del primer embarazo: 65% de ellas sufrieron una esterilidad posterior, es decir, no se embarazaron más. De otro estudio húngaro se desprende que después de la legalización de la interrupción del embarazo subió de 7 a 12% la frecuencia de nacimientos prematuros. El embarazo interrumpido significa al mismo tiempo un creciente peligro para hijos posteriores. El hospital oficial de Schwerin en la DDR indica que hubo un 35,6% de nacimientos complicados después de una interrupción clínica.

El Quinto Mandamiento no se hizo de ninguna manera supérfluo. Antes fue promulgado para los hombres porque éstos pensaban que era algo normal matar a sus semejantes, por los más diversos motivos, hasta el punto, en algunos casos, de comérselos. Lo consideraban como algo completamente legítimo. El Quinto Mandamiento les prohibió esto. Para que realmente lo tomaran en serio, fue acompa-

ñado por otros mandamientos como este: "El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada" (Gn. 9:6), o "Todos los que tomen espada, a espada perecerán" (Ma. 26:52).

Con respecto a la pena capital, la discusión no termina nunca. Los que la favorecen igualmente como sus adversarios tienen argumentos bastante convincentes. Aquel que a base del Quinto Mandamiento se opone a la pena capital, al mismo tiempo tiene que hacer todo lo que esté a su alcance para que este mandamiento sea grabado profundamente en la conciencia de los hombres. ¿Pero quién podrá entrar en el nombre de Dios en una conciencia que no se sabe comprometida por Dios?

Dios nos hace gustar la vida

Se puede matar también en pensamientos. Esto es lo que quiere decir Jesús al interpretar en el sermón de la montaña el Quinto Mandamiento. Allí dice: "Cualquiera que se enoja con su hermano, tendrá que ser juzgado. Al que insulta a su hermano, le juzgará la Junta Suprema; y el que llama idiota a su hermano, está en peligro del fuego del infierno" (Ma. 5:22). ¿Quién de nosotros no se habrá sorprendido a sí mismo con la idea de que le gustaría muchísimo que muriera aquel hombre antipático, este hombre que le estorba! No matarás ni harás daño a tu prójimo en su cuerpo ni en su alma —tampoco en pensamientos!

Con este Quinto Mandamiento Dios protege nuestra vida. Nadie aprueba tanto la vida como Dios mismo. Él da la vida al hombre. A cada vida le da cierto don. Nos hace gustar la vida equipándola con tribulación y alegría. Dios no sólo da su consentimiento a la vida. La ama. No quiere que ni siquiera una sola vida se pierda. No quiere que nos escapemos a un mundo de ilusión con drogas y narcóticos. Dios quiere hacer feliz nuestra vida. Por eso nos advierte: No destruyas tu vida refugiándote equivocadamente en las drogas y los narcóticos. Estos nos engañan solamente, y después el remordimiento será tanto mayor.

Muchas veces nos atormentan dudas acerca de si toda-

vía tiene un sentido predicar los Diez Mandamientos. La moral se proclama en muchos lugares públicos, en cabarets, en los teatros, por los medios de comunicación masiva. Pero los Diez Mandamientos son más que moral, porque ellos provienen de Dios. La moral podemos aprenderla de los filósofos y de otras ideologías humanas. Pero sólo con la ayuda de Dios podemos tratar de cumplir con sus mandamientos.

Predicadores en el desierto

Aquel que en el nombre de Dios anda por los caminos de este mundo tiene que ser un predicador en el desierto. Pero también los otros predicadores en el desierto han sido escuchados. La gran revolución divina en el hombre por medio del mensaje cristiano tuvo su comienzo en el desierto. Los hombres acudían en masa a Juan Bautista para oír y aceptar el duro mensaje del arrepentimiento. Los Diez Mandamientos fueron dados al pueblo en el desierto. El hombre de entonces los rechazó como los rechaza aún el hombre actual. La danza en torno del becerro de oro se practica todavía hoy día.

Pero hay algunos que toman en serio a Dios, también sus mandamientos. Y estos son de importancia para el reino de Dios. La humanidad no vive del hecho de que constantemente lamentemos su triste existencia, sino del hecho de que nosotros mismos seamos hombres de Dios redimidos por Cristo, hombres que en virtud de la nueva fuerza que han recibido son testimonios vivientes del poder conservador de los mandamientos de Dios que de nuevo llegan a ser señales de la ayuda y del amor de Dios, recobrando su poder luminoso y ayudándonos a que nuestra vida se haga alegre y feliz (el tercer uso de la ley).

Tr. F. L.

1) Obras de Lutero, tomo V, pág. 62.

2) Alejandro Mitscherlich: Por el camino a la sociedad sin padres.

3) Luis Pongraz: Los Diez Mandamientos, editado por G. Bauer.

HACIA UNA POSICION UNIFICADA FRENTE A LOS JUEGOS DE AZAR

El problema

Los juegos de azar se han multiplicado, han sido legalizados y se encuentran, casi sin límites de edad, al alcance de cualquier persona. La inmensa mayoría participa sin escrúpulos en alguna de sus formas, como una fórmula válida para acrecentar sus ingresos, al menos esa es la esperanza. Los que rechazan apostar en el hipódromo, lo hacen a veces en la cuadrera campestre; los que consideran mal jugar en el casino, no tienen problemas de participar en la lotería, la quiniela oficializada, el prode. Y ¿quién no compró algún bono contribución con premio, alguna rifa, o participó en algún sorteo, remate americano, al estar presente en alguna fiesta escolar o hasta en alguna fiesta congregacional?

¿Podemos calificar y hasta condenar todas las manifestaciones de los juegos de azar del mismo modo? ¿Condenarlos a base de qué testimonio bíblico? Y si en alguna de sus manifestaciones no podemos condenarlo ¿debiéramos por eso introducir su práctica en las fiestas congregacionales? O si fuera lícito recaudar fondos por juegos de azar para fines benéficos en reuniones no relacionadas con la iglesia y para la caridad aplicando los preceptos bíblicos?

Nuestro estudio común debiera conducirnos a hallar claridad en dos puntos:

- 1) Si es lícito al cristiano participar en los juegos de azar bajo ciertas condiciones.
- 2) Si recomendamos el uso de ciertos juegos de azar como medios legítimos y edificantes para recaudar fondos en la congregación.

¿Por qué ocuparnos con urgencia en el problema? Porque no quisiéramos poner sobre nuestros feligreses un yugo que Dios no pone, pero tampoco quisiéramos permanecer indiferentes si es que el juego es contrario a la voluntad divina. Como pastores del rebaño de Cristo ¿qué podemos res-